

DOSSIER

IDENTIDAD URBANA: RETRATOS DE UN BARRIO FORMADO CON POBLACIÓN INMIGRANTE POBLANA

URBAN IDENTITY: PORTRAITS OF A NEIGHBORHOOD FORMED WITH AN IMMIGRANT POPULATION FROM PUEBLA

JUAN ALEJANDRO RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ*

Fecha de entrega: 29 de marzo de 2022

Fecha de aceptación: 01 de junio de 2022

A Marux, con el amor de siempre

RESUMEN

* Juan Alejandro Rodríguez Hernández es antropólogo lingüista de la Universidad Veracruzana. Coautor del libro *Voces y rostros de la colonia Francisco I. Madero de Xalapa, Veracruz* (2019), con Homero Ávila Landa. Instituto Veracruzano de la Cultura. Autor, coautor y coordinador de documentos técnicos aplicados en programas de gobierno federal y estatal. Contacto: colfrainmamibarrío@gmail.com

El texto versa sobre la caracterización sociolingüística de un barrio de la ciudad de Xalapa, Veracruz, que se fundó con población inmigrante del estado de Puebla en la década de 1940, en los tiempos en que el ferrocarril ocupó un sitio preponderante en la vida social, económica y cultural del país. Un barrio reconocido en la década de 1980 por su espíritu aguerrido ante otros barrios y su cohesión grupal.

PALABRAS CLAVE: *Barrio, lenguaje, sociolingüística.*

ABSTRACT

The text is about the sociolinguistic characterization of a neighborhood in the city of Xalapa, Ver., which was founded with an immigrant population from the state of Puebla in the forties of the last century, in the times when the railroad occupied a preponderant place in social, economy and cultural life of the country. A neighborhood recognized in the 80's for its group cohesion and its brave spirit in front of other neighborhoods.

KEYWORDS: *Neighborhood, Language, Sociolinguistic.*

El presente artículo refiere a la caracterización de un barrio en la ciudad de Xalapa, Veracruz, cuyos primeros habitantes que dieron vigor y sentido a la Colonia Francisco I. Madero, provenían del estado de Puebla, particularmente de los municipios de Oriental, Libres y Amozoc, en la época en que el ferrocarril ocupaba un sitio preponderante en la vida social, económica y cultural del país. Es decir, es un barrio veracruzano de estirpe poblana. Un barrio reconocido en las décadas de 1980 y 1990 por su espíritu aguerrido y su cohesión grupal.

Minerva Villanueva (2011) explica —respecto a la conformación de las colonias marginadas en Xalapa—, que derivado de los movimientos inmigratorios en la década de 1940, se fueron dibujando diferentes asentamientos en los suburbios, donde destaca la existencia de vecindades como parte sustancial de

la arquitectura urbana, espacio colectivo en que se compartían algunos servicios como el baño y los lavaderos. Varios de estos patios albergaban a familias con hijos/as de entre seis y diez integrantes, abarcando terrenos bastantes extensos, que llegaban a ocupar de una calle a otra, tal cual ocurrió con el famoso patio “interoceánico”, de la Colonia Francisco I. Madero. La misma autora asegura que “a partir de los años cuarenta se comenzaron a formar en esa zona nuevos asentamientos de tipo popular. Estas nuevas colonias se situaron en áreas desprovistas de equipamiento e infraestructura urbanos [...] Ahí se formaron las colonias Francisco I. Madero, Benito Juárez, Represa del Carmen, Salud y Francisco Ferrer Guardia, sobre tierras de propiedad privada” (2011, p. 152). En el caso de la Colonia Francisco I. Madero o COL-FRAIMA, la mayoría de las y los jefes de familia que inicialmente llegaron a poblar son originarios/as del estado de Puebla, varios trabajadores del ferrocarril.

Es en los años ochenta cuando en la ciudad capital de Xalapa tuvieron lugar agrupaciones juveniles, caracterizados por el placer de la música moderna, la diversión (asistir a bailes públicos y practicar fútbol callejero) y su indiferencia a los problemas sociopolíticos del momento, teniendo como punto de encuentro y de interacción las esquinas de las calles. La delimitación de las calles fue lo que determinó al “Barrio”, “Banda”, “Flota”, “Palomilla” o “Brosa”; en cuyo momento emergen barrios legendarios como “La Progreso”, “El Dique” y “El COL-

FRAIMA”, subculturas urbanas con ciertas peculiaridades y dinámicas, grupos de jóvenes regidos por sus propias reglas sociales, con sus formas de ejercer diferentes roles, una conducta y lenguaje propios, aprendidos comúnmente por imitación o en relación entre pares.

Por consiguiente, se exhibe en este escrito textos de la cultura de un barrio de la ciudad de Xalapa, con ascendencia poblana, esbozando aspectos de su lenguaje en el contexto social y micro narraciones que trazan elementos característicos de su identidad. La finalidad es mostrar con cierto detalle la dinámica prevalente de quienes fueron jóvenes provenientes del estado de Puebla, asentados en el barrio xalapeño del COLFRAIMA, por lo que expondré someramente la caracterización de su lenguaje vivificado en los años ochenta y noventa, a propósito de revelar episodios que fueron parte de su cotidianidad, a partir de la explicación de cómo se llevó a cabo un evento comunicativo entre sus miembros a comienzos de los noventa, así como del testimonio de dos de sus integrantes entrevistados en 2019.

SOCIOLINGÜÍSTICA DEL BARRIO

La sociolingüística es la disciplina que se ocupa del análisis de la lengua en su contexto social, interesándose en identificar quién o quiénes son las y los hablantes de determinado idioma, en qué momento la utilizan, con qué finalidad y en qué lugar, dado que la concreción de la lengua, esto es, el habla, depende de diferentes aspectos: el tipo de inter-

locutor/a, la intencionalidad, el espacio físico y temporal. Así, en el interior de una lengua aparecen ciertas variantes a nivel regional, en cuanto a vocabulario, semántica, fonética, entonación, etc., que se conoce como dialecto. Por tal razón el idioma español de México presenta divergencias de tales características entre una y otra frontera territorial, así el dialecto español hablado en el estado de Veracruz no es el mismo que persiste en la Ciudad de México, Puebla o Yucatán. El dialecto mismo no es uniforme, también varía de acuerdo al estatus social al que se pertenezca (sociolecto) y a la forma particular de hablar de cada uno de las y los miembros de un grupo determinado (idiolecto); asimismo, el dialecto de Xalapa guarda distancias léxicas, semánticas y de pronunciación frente a los lenguajes empleados por otros grupos sociales: estudiantes, campesinos/as, albañiles/as, médicos/as, etcétera.

En este contexto cabe aludir la importancia del lenguaje del barrio en esa época, especialmente su léxico, nivel lingüístico que dio referencia del mundo material y abstracto en que se movió el grupo; el léxico es el ordenador, el clasificador del mundo circundante. El lenguaje marginal del barrio referido, situado en ese tiempo y en ese espacio, presentó las particularidades siguientes:

- El de relexicalizarse continuamente con el fin de mantener la cohesión como grupo, de tal forma que se encuentran diversas maneras para referirse a la policía (tira, judas, ley, azul, pitufo) o para de-

signar aspectos alusivos a la sexualidad.

- La aparición de transfiguraciones o palabras que derivan de una unidad morfé mica como “briagoberto” de briago o “camellar” de caminar.
- El uso de prolijos o frases con cierta metáfora: “no alces olas” (evitar exagerar), “eres cuatro letras” (para referirse a la palabra: culo), “llevo un condominio para mi morra” (portar un preservativo), “Tirar rostro” (actitud de conquista).
- La economización de las palabras: “ñor”, “ñero”, “poli”, etc.

Entre los diferentes lenguajes que se expresan y cobran sentido en una misma sociedad, se erige una cuña de estratificación social y lingüística que los coloca en planos desiguales. A partir de lo cual ha sido factible la aplicación de categorías valorativas, con las que los grupos y estratos sociales tienden a identificar las divergencias lingüísticas existentes en toda lengua. Los lenguajes vivificados en sectores sociales económicamente más desprovistos, comparten la particularidad de ser socialmente estigmatizados, a diferencia de aquellas modalidades comunicativas estandarizadas, diametralmente legitimadas por la sociedad; legitimación que regularmente reside en principios institucionales de la propia sociedad, justificado en la educación formal y los medios de comunicación, figurando un lenguaje socialmente aceptado y recreado por funcionarios/as, políticos/as, académicos/as, escritores/as, etc., que esparcidos en contextos y dinámicas disímiles generan vocablos y expresiones

verbales acordes a las exigencias normativas de la sociedad.

Por tanto, la legitimidad o el reconocimiento de un lenguaje está sujeto a los principios con que se rige la cultura del poder, de su afiliación o no a los preceptos de la misma depende su ubicación dentro de la estructura social respectiva. La posición de resistencia o contracultura del lenguaje del barrio a dichos cánones institucionales provocó que se invisibilizara su expresión social y lingüística, cuyas características niegan y reprueban la realidad de un modelo social, históricamente estatuido. De este modo, se tergiversó la veracidad de un complejo sociolingüístico entreverado de manifestaciones y experiencias propias que sobreviven en las zonas periféricas de las ciudades, para concebirla como una desviación que nace en el seno de la sociedad sin carta de presentación y con una equívoca razón de ser.

Al lenguaje del barrio se le acuñaron categorías orientadas a inutilizar e ilegitimar su identidad, en tanto que representa una realidad diferente. El principio de “corrección lingüística” fue una de las categorías empleadas para subestimar al lenguaje barrial, que denostó no solo sus características propiamente lingüísticas, sino su matiz extralingüístico con que se reproduce. Esta categoría se avaló en la existencia de una autoridad oficial considerada como el medio facultado para formular y decidir lo que lingüísticamente es aceptado, constituida por renombrados académicos/as, como sucedió con la Real Academia Española (fundada en

el año de 1713). Desde luego, la proyección literaria de destacados/as escritores/as se encontró estrechamente vinculada con la idea excluyente de reconocer únicamente el repertorio léxico-semántico estándar, lo que justificó el desarrollo de categorías que remarcaron sobremanera las diferencias subyacentes entre lenguajes desemejantes. De ahí que la sociedad calificara peyorativamente las propiedades del lenguaje del barrio.

No obstante, lo anterior carece de fundamentos realmente objetivos que puedan establecer una estratificación de tal naturaleza. La lengua como fenómeno social tiende a la flexibilidad y heterogeneidad, a multiplicarse en expresiones con desiguales tonalidades, en distintos tiempos y diversos espacios, lo cual no excluye la capacidad comunicativa de cualesquier lenguaje, aun del mayormente estigmatizado.¹ Toda modalidad lingüística posible reflejada en la sociedad se encuentra interrelacionada con las características sociales y económicas de los individuos, que le confiere una lógica que le da validez y acredita en los márgenes de su círculo comunicativo correspondiente. Esto es, la pertinencia de un lenguaje está en relación con el uso y la función que tiene dentro de la comunidad lingüística que se trate.

1. Inclusive la diversificación interna que existe en nuestro idioma ha puesto en tela de juicio la veracidad de los principios que defiende el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, pues adolece de un método lexicográfico que dé cuenta del verdadero uso social del léxico de México.

Por consiguiente, lo incorrecto únicamente puede entenderse en términos del uso de determinada comunidad de habla, cualquiera que esta sea. Esto es, la locución o el vocablo que en una comunidad es incorrecto en otro contexto resulta exactamente a la inversa. Por tanto, si un conocido especialista en música dijera respecto a la producción de un excelso guitarrista: “¡está por hay, pa’ qué buscarle las venas al chile si son sete...sientas!”, es incorrecto. De la misma manera que si un integrante de barrio externara frente a su grupo “por favor, excusen la imprudencia de mi dicción”. Ello sugiere afirmar que la participación lingüística de un individuo está socialmente determinada, expuesta a la censura o aprobación colectiva.

El lenguaje del barrio fue —y lo sigue siendo— un modo de habla grotesco e indisciplinado, semejante al estilo de vida de sus hablantes, que evidenció figuras léxicas redundantes, forjó una semántica alternativa, descubrió la informalidad de su terminología y aprobó ciertas alteraciones silábicas que disgustaron al común de la sociedad. El barrio, pues, digirió y emitió un código verbal áspero, de significados propios e impreso de una polisemia particular. Su cotidianeidad significó, aún con las dificultades prevalentes, la alternativa que les ofreció la posibilidad de reafirmar su personalidad, la estructuración de una identidad sustentada, renovada y transmitida por medio de un repertorio lingüístico propio a su agitante realidad. El lenguaje del barrio exteriorizó escueta y

burdamente la presencia de un fenómeno sociocultural desdeñado.

Cuando un nuevo elemento ingresaba al grupo adquiría el conocimiento de los roles y códigos no escritos a desarrollar como tal, transitaba por ritos de paso, como el hecho de participar en una pelea grupal o de uno a uno; conducirse con determinada forma de vestir, hablar, bailar, etc. De hecho, en un tiempo fue peculiar en el grupo del COLFRAIMA el uso de botas de cuero, el pantalón de mezclilla u overol, así como la chamarra color azul con el nombre del barrio impreso en la parte trasera. La vida en el barrio fue una alternativa cuya función era sobrevivir, resistiendo una serie de dificultades implícitas en dicha opción de vida. Alternativa a la cual sus integrantes se adscribieron y, por ende, defendieron.

Dentro de la dinámica del COLFRAIMA hubo un líder que demostró valor y decisión ante cualquier dificultad; rol que fue garantizado por medio de sanciones o recompensas, como pudo ser el no dejarlo solo en una pelea o no ridiculizarlo frente al grupo. Cada integrante del barrio tuvo un alias que les dotó de una identidad nueva, cuyos marbetes fueron retomados de la imagen física, la habilidad o actitud de la persona: “El Betote (+)”, “El Chalán”, “El Loco”, “El Kicho”, “El Diablo”, “El Lepra”, “El Pájaro”, “El Bembón”, “El Vampi (+)”, “El Culpí”, “El Popis”, “El Pechugas”, “El Topo”, “El Chocho”, “El Firus”, “El Salado”, “El Siwa”, “El Poncia”, “El Cuate”, “El Carcaman”, etc.

En suma, la cultura urbana de la colonia Francisco I. Madero refirió a una forma de vida que impregnó de identidad grupal e individual, y que se mantiene en sus integrantes aun con el transcurrir del tiempo y la distancia física. Cabe comentar que desde hace décadas tiene como tradición la realización de las posadas navideñas, las cuales suelen convocar a generaciones distintas con un único propósito: revitalizar al barrio y su memoria.

UN EVENTO COMUNICATIVO DE BARRIO

La comunicación es un fenómeno lingüístico que se entretiene de múltiples sistemas informativos: el lenguaje verbal, el gestual, el prosódico, la posición, la distancia, etc. Es un complejo proceso en el cual confluyen distintas y a la vez complementarias competencias lingüísticas y extralingüísticas con finalidades diversas. Por su parte, el evento comunicativo del barrio, dadas las peculiaridades que le definen, es portador de un lenguaje atrevido y metafórico, rico en anfibologías y materializado en atractivos y hábiles juegos verbales, donde regularmente participan tópicos que hacen referencia a las experiencias y a las relaciones sociales del mundo que los envuelve. De aquí la relevancia técnica de describir un evento comunicativo de jóvenes del barrio acontecido a principios del noventa,² que testimonia un pa-

2. Registro hecho en 1992, con notas de campo y grabadora, a propósito de un trabajo aca-

saje más de la vida urbana y su identidad, caracterizando a los participantes, el entorno y el texto (verbal y no verbal); entendiendo el texto más allá de la interrelación de oraciones escritas, sino más bien como “unidad semántica”, por lo que el texto comprende los significados y las palabras registradas en un evento comunicativo (Halliday, 1986). En definitiva, procedo a reseñar una reunión ocurrida en el año de 1992 en una vecindad de la colonia en cuestión, reforzado con testimonios de los participantes en dicho acto lingüístico, a fin de trazar los hábitos de comunicación dables entre los integrantes de este grupo.

Los participantes

Los interactuantes fueron de sexo masculino, provenientes de familias extensas y humildes donde las madres y los padres eran alcohólicos o se encontraban separados. Debido al contexto de vulnerabilidad en que viven y a las conflictivas relaciones familiares imperantes en el hogar, el integrante de barrio solía separarse de este, reafirmando su integración con el grupo en la colonia. Fueron cinco las personas que participaron en el evento comunicativo, que identificaremos como IA1 (Interactuante 1), IA2 (Interactuante 2), IA3 (Interactuante 3), IA4 (Interactuante 4) y IA5 (Interactuante 5).

De los cinco interlocutores, quienes

comprendían una edad de entre 15 y 17 años, solo uno estudió el primer año de preparatoria en sistema abierto, tres no terminaron el primer año de secundaria y el otro no acabó ni la primaria. Dos de ellos carecían de un hogar fijo, vivían en casas de los compañeros que aún la tenían. Uno de estos —describió un colaborador— “era bien chemo [...] según un día llegó a su chanter, y pues llegó con un filo y que quería picar a su jefa y se pachequió, y que a últimas que lo mandan a la gaber. Nomás andaba de bolsa, creo ni chambiaba, puro rol y a últimas se salió y dormía en una azotea [...] y así ¿no?, así está la jugada”.

Dos de ellos crecieron en un difícil ambiente, principalmente el IA2 de quien “sus tías tienen una tienda de licor, y todo eso. Y su jefa también le pone, o sea que son [...] son bien destrampes”. El último interlocutor, IA5, compartía una familia que, a pesar de tantos problemas generados cotidianamente a causa de su comportamiento, no dejaron de apoyarlo: “en la escuela siempre ha chafiado, sino lo que le hace el paro es su jefa que le compra ropa y cuanta onda”.

La actitud que mostraron durante el evento es la siguiente: el IA1 es quien dirigió el acto lingüístico, el que dio la pausa, el de la iniciativa a comentar tal o cual tema. En lo referente a los diferentes juegos verbales que ahí tuvieron lugar (albures), él siempre ganaba. El IA4 se mantuvo más al margen tanto en su participación en el evento como en otras actividades; su expresión gestual y corporal fue más tranquila que la del

démico en la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana.

anterior. El IA3 fue demasiado serio con escasa participación comunicativa, pero cuando se trata de alguna pelea era de los que más se destacan. Los interlocutores restantes se centraron más hacia la bebida y la música. Sin embargo, fue notable su participación al momento de hacerle burla a alguno de sus compañeros.

El entorno

Para obtener una aproximación de las características contextuales en que se efectuó el evento es necesario señalar que este se registró en un patio de vecindad, carente de drenaje por lo que los inquilinos se veían en la necesidad de ir a casa de un amigo o familiar cercano para satisfacer sus necesidades fisiológicas. La mayoría de las viviendas únicamente eran cuartos mal contruidos, faltos de buena cimentación, revoco y protección (ventanas, puertas seguras). A pesar de poseer luz eléctrica, el patio se encontraba prácticamente en penumbras. El piso era de piedra con partes cubiertas de humedad y hierva. Había algunos lavaderos que se iban turnando entre las personas de la vecindad, los mecates y plásticos que funcionaban de tendedores relucían todo tipo de vestimenta, lo cual era retomado por el grupo para tema de sus conversaciones. El evento inició cerca de las 19:00 horas y concluyó hasta el amanecer. Los participantes portaban pantalón de mezclilla, botas “crucero” y playeras o chamarras con logotipos rocanroleros. Mientras que la música de los Beatles, Alejandra Guzmán y el

Tri emanaban de la gastada grabadora; se ingería licor e inhalaba resistol en el interior de una bolsa de plástico.

El Texto

Fue el grupo quien decidió qué tópicos podían ser mencionados, qué platicar a medias y qué no comentar. Entre los más representativos del evento fueron la rivalidad permanente del grupo contra otros barrios y contra la policía. El primer antagonismo se debía, entre otras razones, a la protección ofrecida al territorio conquistado que sienten les pertenece. El segundo problema se originaba por las constantes arbitrariedades de las eran objeto.

Las categorías lingüísticas que resaltaron fueron la broma y el conflicto, la mayor parte de los actos ilocutorios poseían modalidades expresivas como el de la advertencia o afirmación. Otra característica del texto fue la aparición de sobrenombres, así como de ciertos tabuismos léxicos. El interactuante que tenía el reconocimiento del grupo (el líder), por su valentía, fue quien gozaba del derecho de escoger la temática a tratar y de disponer del turno de los demás participantes del evento, o a quien callar.

La interacción verbal jamás dejó de acompañarse de ciertos componentes comunicativos que complementaban y daban pertinencia al evento. El grupo recurrió constantemente a los signos gestuales y corporales para dar mayor expresión a sus mensajes. El evento comunicativo comprendió un complejo

lenguaje no verbal, por lo que solo se ilustrarán algunos ejemplos: Cuando el IA1 comentó “no tienes ningún derecho a pegarme” (refiriéndose a la policía), el color de su cara se enrojeció, las facciones faciales se tensaron y modificó la mirada, los extremos de sus cejas parecieron unirse. En tanto que al añadir “íbamos bien acá”, levantó los hombros y el pecho, caminó con los brazos levemente abiertos al cuerpo y lanzó una mirada desafiante para uno y otro lado.

Por otro lado, el IA5 con la palma de la mano derecha hacia arriba, juntó y separó la punta de los dedos, al decir “les hizo así el chिकासpiar”. Mientras que al expresar “saben que aquí está la ley” cerró la mano y la agitó repetidamente a la altura de sus genitales.

Los interlocutores se encontraban sentados en forma semicircular, guardando una distancia acorde con el tipo de relación que llevan. Es a partir del IA1 de donde se distribuyó el resto de los participantes, por lo tanto, se estuvo lejos o cerca de él, dependiendo del grado de amistad que los unía con la persona mencionada. Por ejemplo, el IA1 y el IA2 mantuvieron un distanciamiento más pequeño, en comparación con el efectuado entre el mismo IA1 y el IA5, pues lógicamente entre los primeros existen relaciones más cercanas afectivamente. Sin embargo, el espacio más distante que se haya observado durante el proceso comunicativo no pasó de metro y medio.

La fuerza que el hablante imprimió en las manifestaciones lingüísticas fue

significativa, ya que influyó en el cambio de sentido e intencionalidad. Así, cuando el IA1 dijo “¡qué onda ése!”, el receptor comprendió perfectamente que se trataba de un reto o desafío, pero si a la misma expresión se le aplicara una intensidad y modulación distinta podría convertirse en un simple saludo. Después de haber suministrado cierta cantidad de alcohol o de resistol su articulación fue más débil y pausada. Durante el discurso comunicativo, el grupo inventaba palabras y significados, hizo de su lenguaje un controvertido juego que rompió con el protocolo dominante en otros eventos representados por individuos de diferente condición sociocultural.

Lo anterior perfiló una conversación de tipo informal, exclusivo para miembros del grupo. El evento comunicativo de este barrio, en la situación contextual que aquí se describe, fue una interacción multilateral en donde se proyectó un variado número de estímulos y efectos de sentido, concretizados en su carácter kinético, proxémico y prosódico.

RELATOS DE BARRIO³

La vida y cotidianidad del barrio pueden vislumbrarse —además de la descripción de cómo se desarrolla una interacción comunicativa grupal— en la narración personal de sus protagonistas, por lo que se ojeará parcialmente el

3. Recogidos en el año 2019, en la Colonia Francisco I. Madero, Xalapa, Ver., con transcripciones de Fernando Xocoyotzin Teloxa.

mundo urbano vivificado en la Colonia Francisco I. Madero, mediante la voz de dos de sus integrantes. Se trata de dos de sus miembros que, en su adolescencia, fueron reconocidos por su actitud pendenciera al interior del COLFRAMA, como de otros barrios, y quienes actualmente son adultos que representan una familia.

“El Poncia”

Mi nombre es R.V.V., nací el 17 de junio del 61, en Xalapa, Veracruz. Mira, mi familia mi papá y mi mamá fueron, cómo te diré, mi papá fue ferrocarrilero; en ese tiempo su fuerte eran los ferrocarriles, eran los que ganaban más, me entiendes. En ese tiempo Comisión (Federal de Electricidad), Teléfonos (Teléfonos de México) no movía, un ferrocarrilero ganaba lo más alto y los taxistas en ese tiempo. Mi mamá pues no tenía estudios, ella al hogar y mi papá al trabajo, pero mi papá tenía unas ideas muy conservadoras, ¿me entiendes?

Yo hice la primaria, me metieron a la secundaria, pero como ya no alcancé las fichas de la secundaria normal, me metieron a una telesecundaria, cuando llegué al segundo año de la secundaria, íbamos al registro civil en Bravo, ahí estaba la telesecundaria, nos íbamos caminando, ¿me entiendes? Para mí era, cómo te diré, salir a la calle era como salir a la libertad, ¿me entiendes? Luego comenzamos a andar con la idea de ir a ver a las amiguitas del barrio a la Federal 3 (escuela secundaria) que estaba en “los

Berros”, ahí en la calle Díaz Mirón, ahí comenzamos a ver lo que era agarrarse barrio con barrio, ahí regía o gobernaba el barrio de Rébsamen, se paraban como 15 o 20 cabrones, bueno, disculpa la palabra, la mala palabra.

Llegábamos tres o cuatro, íbamos siempre “El Nica”, “El Salado”, “el Fernando” y yo. Nos han dado una pinche corretiza la primera vez, que según a quién esperábamos, según las chamacas eran de ellos, porque era su barrio, nos dieron una corretiza que no agarraron a nadie, ya como a los tres días llegamos, pero ya con “El Pelón”, ya habíamos invitado a tu hermano, “El Pájaro”, “El Gaude” y “El Diablo” ¿me entiendes?, ya comenzamos a llegar como siete, ocho cabrones ahí. Comenzamos a ver lo que era pelearse barrio con barrio, en ese tiempo, ¡el primer día que golpeamos a dos, ah no!

Al otro año de que comenzamos a ir ahí, madreamos a uno, pero era un chamaco de familia buena, ¿me entiendes?, el chamaco entre su mochila llevaba una pistola, pero ¿quién se iba a imaginar?, en ese tiempo ya jalaba más conmigo “El Ebrio” ¿si te acuerdas? Se le veía cara de borracho, pero no tomaba ¿Por qué crees que le decimos “El Ebrio”? no tomaba nada, ni consejos, tenía una pinche mano que donde pegara, al suelo, ¿me entiendes?, casi los privaba y era el que siempre andaba conmigo, y en esa ocasión, que topamos con ese, que íbamos a madrear que en su mochila llevaba la pistola. Me dice “El Ebrio”: ¿Cuál agarras?, no pues el de la derecha, le digo.

Tú agarras el de la izquierda, pero no lo vayas a dejar que se levante ¡eh! Vamos a darles duro.

Pero a la hora que comencé yo, lo agarré de los pelos y lo bajé al suelo, se me avienta un cuate de él, y me agarra y me avienta pa' tras, se cambió todo, el que yo iba agarrar se le quedó a él, y el de él se me quedó a mí, ¿me entiendes? Los madrazos estaban duros, uno contra uno, y se le ocurre agarrar su mochila y saca la pistola ¿me entiendes? Y corrí y todavía unos vecinos, unos que vieron la bronca, dicen que todavía agarró y le metió al cilindro los cartuchos, la llevaba descargada.

El que le tocó a “El Ebrio”, lo estaba madreando a él, ¿entiendes?, y yo le brinco, lo agarro del cuello y lo comienzo a patear, lo chingué yo, pero en eso “El Ebrio” se endereza, pos estaba golpeado, y comenzamos a oír los truenos ¡Passs! ¡Passs! los tronidos de los tiros, me dice “El Ebrio” ¡corre! —dice— creo que tiene pistola, ¡corre!

Comenzamos a correr, pero yo no me fijé, si me hubiera yo fijado, me le voy encima y le quitamos la pistola, como pudimos avanzamos unos diez, quince metros y se oyeron más truenos, más tronidos, ¿me entiendes?, más detonaciones, y en eso me dice “El Ebrio”: ¿no te pegaron? —le digo— no, yo no, pero sentía yo la pierna derecha como aguada, como mojada, de atrás.

Me dice: ¡mira!, ¡mira!, ¡tienes sangre en la pierna! Le digo: no es sangre, ¡corre güey! Nos van a chingar, va a llegar la patrulla. En eso me recargo a un

poste y me paso la mano hacia abajo, ¡no! estaba yo lleno de sangre de entre las dos piernas, y pos ahí se me quedó la bala, ¿entiendes? Ya como fue, llegó la patrulla, nos dijo que qué teníamos, y ya le dijimos que una bala pérdida, se habían oído tiros, pero en ningún momento habíamos dicho que nosotros habíamos empezado la bronca.

Ya me dicen, ¿en qué trabajas?, y yo le digo al de la patrulla, no pos yo trabajé en el ferrocarril. Me llevaron al ferrocarrilero (clínica de salud del IMSS), pero no me aceptaron porque era herida de bala, me llevan al hospital civil, me internan ahí, pero mi hermano arregló los papeles y me pasan al ferrocarrilero, ahí estuve dos días, en que si me operaban o no me operaban, a últimas llegó un cabrón, un doctor muy cabrón, que metió una pinza por el hoyo de la bala, metió, sintió la bala y que la jala, ¡cuál operación!, me la sacó y a los tres días me dieron de alta, como a los quince días ya andaba yo en el barrio cojeando, eso me quedó, ese cojeo, como tres meses o cuatro, namás fue el muslo lo que atravesó.

Comenzó la rivalidad del Dique, cuando yo chingué con el cinturón al J., ahí abajo de la iglesia de la Guadalupe, que nos agarramos y yo saqué el cinturón y le pegué como tres o cuatro madrazos con el cinturón, con la hebilla, ya ves los cinturones que jalaba yo. Hasta la fecha, que según dijeron que me iban a matar y que la chingada pero no pasó, ya ves que no podíamos ir. Una vez, a “El Burra” lo salieron correteando, que

yo tuve que sacar el machete que llevaba enrollado en un periódico; la flota que iba atrás de él, como veinte o veinticinco cabrones, saqué el machete y se lo pelé y se pararon esa flota, ¿me entiendes? Cuando “El Burra” me dice: ¡córrele, córrele que te van a matar!, ¡córrele madres! Tirando machetazos por todos lados, se abrieron y salí corriendo.

En ese tiempo llegué hasta donde está la explanada de la Antonio (una escuela secundaria), abajo estaba jugando el COLFRAIMA (equipo de fútbol del barrio), futbolito de salón, ahí estaba “El Ronzón”, estaba “El Barradas”, estaba “El Fidel”, fue como sacó “El Fidel” un cuete que llevaba en el coche, comenzó los tiros, fue como se detuvieron, si no, nos matan esos cabrones, la mera verdad. El barrio, era pues ya sabes, la barriada era que se agarraba la grabadorcita, y nos poníamos en la AEX (tienda de abarrotes del barrio), en ese tiempo eran los Rolling Stones, los Kiss, esa era la música que todos oíamos, nos metíamos al baldío...

“El pájaro”

Mi nombre es G. T. H., nací en el año de 1958 en el estado de Puebla, llegué como de 6 años, me acuerdo porque me apuntaron en segundo año de primaria. Bueno, empecé a rolar así, a andar con los de ahí (el barrio), empecé con mi carnal “El Japo”, “El Pigua”, “El Poste”, “El Alan, pues nos tenían muchas ganas todos los barrios, inclusive, los del Dique, los de Rébsamen también.

El barrio (del COLFRAIMA) eran las calles de Centroamérica y Honduras, vivía tu carnal, vivían ustedes, cuando quería un paro, pues me seguía “El Betote”, “El Pancho”, “El Alan, también “El Carcamán”, tu hermano siempre con la fusca, nunca le falló.

Hubo una vez que, me agarré a trancazos en un baile, con uno de la Progreso y ahí fue donde me dieron una puñalada en la espalda, ya hasta ni me querían invitar, porque sabían que me iba a agarrar a madrazos. Primero nos andábamos agarrando a trancazos, con los mismos del barrio; yo me acuerdo, estaba yo en la casa, y que llega bien espantado “El Cacho”, que me empieza a gritar y dice ¡”El Oso” y “El Siwa” van a madrear a mi carnal, a “El Muñeco”, y ya que voy con ellos pero que me agarro una pinche cadena de moto, en ese tiempo tenía yo una cadena de moto, precisamente para eso, que veo a “El Siwa”, tenía a “El Muñeco” abajo, y “El Oso” tenía a mi hermano con un puta filo como de este vuelo (hace la medida con las manos), que le digo a “El Siwa”, suéltalo ya, ya le pusiste cabrón, ya déjalo, y dice y si no qué; le digo conmigo como quieras cabrón, al encontrón.

Y una vez que venimos supuestamente de chambelanes y veníamos a ver a una chamaca que en ese tiempo se llevaba con nosotros, cuando veo a “El Siwa”, en la esquina de Bolivia y del deportivo (Campo deportivo) que nos empezamos a trenzar tú, pero cada madrazo que me daba me bajaba de la banqueta. Estaba choncho el hijo de puta, pero yo

me volvía a subir y nos trezábamos de nuevo, o sea nos dimos; que me agarra y que me tumba, que me volteo y que le vuelvo a pegar, pero si él también me daba y a últimas quedé abajo y él encima y me agarró de las greñas, que lo agarro así con mi cabeza contra su cabeza, me quería rebotar, pero no podía porque pues me pegaba yo contra él, ¡cabrón, todos los carros se pararon!

Ahí nos dimos un trompo, pues él salió más madreado porque sí le rompí el hocico o la nariz, no sé, pero sí vi que le salió sangre y yo nomás los madrazos. Pasó el tiempo, como quince días, y que nos vamos a meter a unos quince años. Que entra “El Oso”, “El Siwa”, y atrás iban otros, que me dice: ¿qué onda, un tiro?, sí le digo, como quieras, que nadie se meta, ya que estábamos listos para darnos otro tiro, y que llega “El Barradas”, y dice: ¿qué chingá están haciendo?, nos dice: no sean pendejos, si son del mismo barrio, agárrense a madrazos, pero con el Dique, contra Rébsamen, con otro barrio, pero entre ustedes no sean pendejos, y ya ahí empezamos a jalar.

Ah bueno ahí en tres brincos (otro barrio), sí estuvo también culero, para mí, para mi carnal “El Pancho”, ahí me hicieron como tres rajadas en la puta cabeza, con el mismo cinturón que me quitaron, de esos de placa de acero monel, el único que se regresó fue tu carnal “El Betote” y “El Alan”, fue un día antes de la Navidad. Todavía mi jefa que me echa alcohol, en las heridas vivas, ¡a su madre! Tenía yo ganas de hasta de morderla

tú, ya que voy al hospital y creo que me suturaron, o ahí se me cerraron solitas cabrón, ya ni me acuerdo.

Después estaba chupando, y que vamos a buscarlos, ahí iba tu carnal, “El Pancho” y no sé quién más, éramos como cuatro o cinco de ahí de Centroamérica, el chiste es que éramos dos grupos, nos dividimos uno entró allá por el túnel, por donde está tu cantón ahora, por ahí bajamos en esa madre, en esa veredita ahí bajaron unos, o sea que los encerramos, y ahí los agarramos, y empiezan a correr, hijo de puta, que me sigo a un cabrón y lo agarro así, me le paré y lo agarré así, ¡puta! cayó como campana, chingue su madre, ¡mocos hijo de la chingada! puta espaldazo, nucazo que se dio el güey, y tu carnal no sé a quién madreó, pero sí les dimos una pinche madriza buena, cabrón. ¡Cabron, un chingo de broncas, que viví!

Pues para mí, eran casi cada ocho días, quince días, cabrón, la neta, ya estaba yo acostumbrado, mi jefa, me dice: ¡ya, ya no salgas, ya quédate aquí en la casa!, pero necio, es cuando más te pasan las cosas. Al menos no siento miedo, antes, si tuviera yo miedo no me hubiera metido al Dique ¿no? o a Rébsamen, te imaginas, nos dábamos en la madre con el Dique, con los Berros, y luego andaba yo por allá, pero ya después le bajé porque ya había nacido mi hijo.

Pues sí, te digo, me madrearon, también me madrearon y gacho, pero pues era, son las peleas callejeras, pero sí me caía gordo cuando me madreaban dos, me agarraron borracho, eso me caía gor-

do, porque en juicio no me madrearon, borracho sí, y entre varios...

CONCLUSIÓN

A modo de cierre se añade que la información desplegada en líneas anteriores, al delinear elementos relacionados con un evento comunicativo y exhibir el relato de quienes construyeron una identidad barrial junto con otros de sus pares, permite entrever una fracción de la identidad colectivizada en años anteriores, reflejando el lenguaje (no como estructura, sino como significado, tal cual lo refiriera Halliday), las peleas, las actitudes y los comportamientos de jóvenes —de ese tiempo— que se asentaron con sus familias en la ciudad de Xalapa, inmigrando del estado de Puebla. Es interesante destacar que, un rasgo distintivo de este barrio fue la cohesión que les permitió apoyarse en todos los sentidos, tejiendo lazos afectivos que determinaron el reconocimiento y la aceptación de “hermanos”, situación que todavía subyace en algunos de los integrantes de dicho barrio, anteponiendo ante su propia integridad física y seguridad económica el amor y respeto a los amigos del barrio (Rodríguez y Ávila, 2019). Queda por indagar si el hecho de su origen (que provienen de otra entidad), sea un factor que posibilitó esa integración y afinidad socio afectiva en el COLFRAIMA.

REFERENCIAS

- Halliday, M.A.K. (1986). *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Minerva Villanueva, O. (2011). La expansión urbana de Xalapa en la primera mitad del siglo XX. Apuntes para la historia de su urbanización. *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, No. 17, enero-junio (pp.324-355).
- Rodríguez Hernández, J. A. y Ávila Landa, H. (2019). *Voces y rostros de la colonia Francisco I. Madero de Xalapa, Veracruz*. Xalapa: Instituto Veracruzano de la Cultura.